
Entre la antropología y la historia *

Manuel Fernández-Miranda

Arqueología, con el significado genérico de tratado de la historia antigua, es un concepto casi tan viejo como su propio objeto de estudio. Tucídides empleó la palabra como sinónimo de historia en su propio relato. La historiografía clásica actual, por el contrario, tiende a considerarla una más entre las ciencias auxiliares de la historia, y no sólo con uso para los tiempos más antiguos, a medida que sus métodos de análisis se han ido revelando ciertamente útiles aplicados a la investigación del pasado en muy distintas épocas, incluida la llamada Era Industrial. Pero frente a ese concepto utilitarista de la arqueología entendida como una

* Recuperamos este texto de Manuel Fernández-Miranda que abría el número 81 de *Revista de Occidente*, en febrero de 1988. Un monográfico, «La arqueología hoy», que tomaba el pulso a esta disciplina y su evolución. Treinta y cinco años después, con aquel horizonte, otros especialistas en la materia vuelven a analizar el estado actual de la arqueología y sus perspectivas de futuro.

disciplina analítica más, como lo puede ser la paleografía o la numismática (una idea aceptada incluso por los propios arqueólogos vinculados a determinadas escuelas como simple arqueografía dado el marcado carácter descriptivo que en ocasiones registra) han surgido en los últimos tiempos voces que se muestran incansablemente partidarias de entenderla como una ciencia autónoma. Una ciencia, dentro del campo de las llamadas sociales, destinada a atender un área de estudios bien específicos, no necesariamente referidas al hombre en sus más primitivos estadios, y con unas peculiares formulaciones teórico-prácticas perfectamente aislables a través de una ya dilatada multiplicidad de razonamientos distinguidos y estrictos.

Durante mucho tiempo, desde su primera presentación en sociedad como ciencia nueva, hacia mediados del siglo pasado, la arqueología ha vivido obsesionada y apasionada por la recuperación de objetos del pasado, por la clasificación sistemática y la ordenación cronológica rigurosa de las series de útiles rescatados. En pocas palabras, por un estudio metódico de los restos antiguos dejados sobre el suelo por la especie humana en su historia más lejana. Recuperar tales restos constituía la finalidad prioritaria de los arqueólogos y a ello dedicaban los mayores esfuerzos, a veces complementados luego por sutiles intentos de conocer su significado y alcanzar una interpretación coherente de los objetos exhumados. A lo largo de varias décadas la arqueología produjo una idea del progreso humano más antiguo de la historia inicial, basada exclusivamente en el cambio tecnológico registrado a través de los utensilios, sus transformaciones formales y sus sustituciones. A tal estado de cosas vino a sucederle otro, al menos dentro de determinadas escuelas, cuando la arqueología se convirtió en una disciplina tópica en cuyo seno era posible explicar «cambios en la economía humana, en el sistema social de producción» (V. Gordon Childe, *Los orígenes de la civilización*). Por ese camino se acercó a

ciertas reconstrucciones históricas sociales de carácter global, donde la estructura económica y la organización de los grupos tomados en su conjunto empezaban a representar el papel fundamental de la explicación. La arqueología pasó en poco tiempo de ser una disciplina objetual basada en la simple recuperación a encargarse de establecer series culturales, y a su través, concretar períodos y fases caracterizadas no sólo por su base tecnológica artefactual sino también por los cambiantes modos de solucionar cuestiones como la nada desdeñable de la producción cotidiana de alimentos.

No todos los arqueólogos tomaron el camino abierto por esos planteamientos teóricos. Buena parte se mantuvo fiel a la idea de la recuperación artefactual como base de sus avances científicos. Así apareció un concepto de cultura peculiar y arqueológico en donde aquélla quedaba definida por conjuntos cambiantes de elementos repetidos y relacionados entre sí de tipo material, artefactual, tecnológico. Por tal senda resultaba inevitable suponer que una mayor y más variada recuperación de objetos llevaba a definir mejor una cultura, por lo que, en lógica consecuencia, la función primordial y básica del arqueólogo no era otra que la obtención de la mayor información posible al respecto, en la idea de que la mera acumulación indiscriminada de datos acabaría por facilitar la interpretación adecuada del momento histórico que se busca definir y explicar. De esa manera se consolidó una arqueología de los objetos dispuesta a facilitar cuanta información se le solicitara –el problema residía tan sólo en la capacidad de encontrar suficientes investigadores aptos para hacer preguntas siempre idénticas– y con aquélla definir a los grupos humanos en cada momento de su existencia por medio de los restos que habían producido y que se habían conservado hasta nuestros días. La existencia de una determinada cultura se establecía, en suma, a partir del hallazgo de dos sortijas, una taza y unas

cuentas de collar (Julio Caro Baroja, *Los pueblos del norte de la península ibérica*).

Tal veneración por el objeto, o por los grupos de objetos desenterrados, como soporte de la ciencia arqueológica tiene ciertamente explicación. Frente a las tesis de un Winckelmann sistemáticamente mal interpretado, tesis por otra parte tan gratas a un determinado tipo de historiadores y arqueólogos dedicados al estudio de la antigüedad clásica en el marco de ciertas escuelas, surgieron poco a poco otros investigadores, con frecuencia de formación intelectual afín, esforzados en desarrollar un método delicado y preciso, obsesivo en su visión y práctica de la recuperación exacta de las piezas que pudieran aparecer en un yacimiento arqueológico. La escuela alemana abrumó durante años por su rigor en el trabajo de campo. Esa minuciosidad, puesta al servicio luego de otros investigadores que partían de premisas distintas en la concepción de sus trabajos, permitió pasar del coleccionismo de objetos exactamente aislados, o todo lo más de series de esos objetos elevadas con frecuencia al rango de definidoras de estadios culturales, a la interpretación de amplios espacios, ciudades completas o cuevas prehistóricas, donde fue posible determinar los usos y funciones de cada ámbito excavado y, por ende, la organización social y la estructura interna de las comunidades asentadas en esos sitios. Así la arqueología fue convirtiéndose en una ciencia histórica y, a la vez, antropológica, pero también entró en una profunda crisis cuando comprobó que muchos de los supuestos en que basaba su trabajo cotidiano no eran sino meras especulaciones gratuitas incapaces de resistir un debate científico serio. Tantos avatares y desencantos no fueron, sin embargo, inútiles. El desarrollo de una metodología específica permitió a la arqueología madurar hasta alcanzar el suficiente grado de desarrollo, sin el que muy difícilmente se producen episodios autocríticos como los que tan intensamente la afectaron. La arqueología progresó y

logró «ser una ciencia histórica propiamente dicha, no ya ciencia auxiliar de la historia... un modo distinto, particular, de indagación histórica», según escribía Bianchi Bandinelli poco antes de morir, hace ya más de diez años, en plena tormenta crítica, sobre todo para investigadores de su formación, práctica e ideología («Introducción a la arqueología clásica como historia del arte antiguo»).

A tan conflictiva situación se llegó por un hilo que comenzó a salirse de su madeja allá por los años treinta, cuando algunos arqueólogos dejaron de preocuparse —al menos de preocuparse exclusivamente— por los objetos aislados y empezaron a ocuparse más de ellos como exponentes de conjuntos complejos necesitados de explicaciones contextualizadas e integradoras. Pero alcanzar esas explicaciones para poder definir grupos culturales sin acudir necesaria y exclusivamente a sus restos de cultura material como único índice admitido, chocó una y otra vez con la conciencia que el arqueólogo con frecuencia tiene de estar manejando una información muy parcial a causa de las pérdidas que el tiempo inflige necesariamente a una documentación del tipo de la que habitualmente es recogida en la excavación de un yacimiento arqueológico. La persecución del valor positivo del artefacto hallado, por contraposición a la inutilidad obstaculizadora del dato supuestamente desaparecido y ya irrecuperable o a la imposibilidad de detectar actividades no plasmadas directamente en esos materiales, llevó a la mayoría de los arqueólogos a adoptar una posición muy limitada en la que ellos mismos sostenían una inicial autocensura acerca de la probabilidad de reconstruir una sociedad o una cultura en su globalidad ante la imposibilidad fáctica de reunir todos aquellos objetos y artefactos que en su día produjo y que, por acumulación, podrían hipotéticamente acabar definiéndola. Ni que decir que aquellas actividades que en su opinión no se plasmaban en objetos materiales quedaban fuera de toda posibilidad de ser revividas a través de la interpretación de los restos que sí habían permanecido.

Parecía indispensable, en consecuencia, modificar sustancialmente los supuestos sobre los que había descansado durante buen tiempo no sólo el propio trabajo directo del arqueólogo sino las bases conceptuales en que aquél se sustentaba. De no hacerlo así la limitación en las posibilidades de comprender y explicar globalmente las culturas desaparecidas quedaba tan a la vista que hasta pudiera ser que no mereciese la pena seguir acumulando información repetida.

El cambio se produjo a partir de los años sesenta. Ciertos arqueólogos, estadounidenses primero y británicos a continuación, alumbraron la posibilidad de seguir nuevas direcciones en la investigación, a la vez que propugnaban el abandono de las corrientes tradicionales y los métodos al uso. La llamada «nueva arqueología», un concepto, unas ideas –y luego una praxis– que hicieron furor en los setenta, que provocaron no pocas críticas y un buen número de escepticismos sin cuento, no siempre de corte marcadamente racional, y que, al final, ha terminado, veinte años después de presentadas sus fórmulas iniciales, desembocando en distintas maneras de entender y practicar la investigación arqueológica. A ella se han ido enganchando poco a poco buena parte de las concepciones teóricas previas a su irrupción tempestuosa y agresiva, sufriendo, eso sí, no pocas convulsiones y soportando distintos grados de incomodidad en el dificultoso proceso de reciclaje experimentado. La *New Archaeology*, conforme escribe Cazella en un reciente trabajo (*Quaderni di Dialoghi di Archeologia*, 2), representó un importante momento de reflexión teórica y metodológica cuyos resultados más visibles, vistos desde la perspectiva que permite el tiempo transcurrido, es el progresivo alejamiento de las posiciones normativistas que los arqueólogos han protagonizado en estos últimos años. La arqueología tecnotipológica y agregativa ha ido perdiendo influencia y en su lugar ha surgido otra más preocupada por el estudio procesual de la cultura y por facilitar visiones integradoras y totalistas de los grupos humanos que constituyen su

objeto de estudio. Una arqueología menos artefactual y más social, en expresión repetida hasta la saciedad por los defensores de esta nueva forma de estudiar el pasado del hombre. Y a la vez una arqueología más científica, en donde, según señalara en su día Clarke, se considera prioritaria la sumisión de las conclusiones obtenidas en cada caso a la existencia de verdaderos procesos hipotético-deductivos, tantas veces dejados de lado –tal vez más por ignorancia generalizada que como producto de conscientes posiciones ideológicas– y sustituidos por simples especulaciones, que ni siquiera alcanzaban el grado de las conjeturas más simples, cuando no por intuiciones que sólo en ocasiones presentaban atisbos de genialidad exculpadora.

A los temores sobre la parcialidad de la información conservada y transmitida como determinante de la imposibilidad, o extrema dificultad, de lograr una interpretación general de la cultura a partir del registro arqueológico contesta la nueva arqueología que el análisis de los restos que han llegado hasta nuestros días y de su distribución espacial permite desvelar el comportamiento global de la cultura extinguida. Esas limitaciones, tan frecuentemente utilizadas como argumento por los arqueólogos normativistas en consonancia con sus tradiciones académicas e intelectuales, «no son inherentes a la naturaleza del registro arqueológico –escribía Binford en 1968 en sus tantas veces mentado *Archaeological Perspectives*– sino que radican en nuestra ingenuidad metodológica». El problema, por lo tanto, no reside en la supuesta incapacidad del registro informativo sino en la manera de formular las hipótesis y desarrollar los procesos de trabajo a partir de la información disponible en cada momento. He ahí uno de los rasgos claramente diferenciadores de las nuevas maneras de hacer arqueología: la sustitución de la tendencia a creer que el aumento cuantitativo de información ayuda a interpretar mejor culturas extinguidas por el convencimiento de la necesidad, previa a cualquier información,

de establecer adecuadamente aquellas hipótesis de trabajo que sean capaces de resistir la contrastación con la información existente.

El otro es, sin duda, la búsqueda de un marco científico correcto que permita a la arqueología desenvolverse de manera ordenada y sistemática y, a través de él, alcanzar explicaciones lógicas para los asuntos que trata desde hipótesis suficientemente contrastadas en el momento en que son formuladas. La arqueología comparte con las restantes ciencias sociales concebidas de modo científico «la formulación y contrastación de leyes hipotéticas generales». En su caso concreto tales leyes generales están referidas a procesos culturales. La *New Archaeology* consideró siempre prioritario ese supuesto y buscó afanosamente la estructuración de un modelo teórico que, a la postre terminó asociando arqueología y antropología en la medida en que la finalidad de ambas acababa coincidiendo: la explicación de las diferencias y las semejanzas que existen entre los sistemas culturales, según Binford, sus discípulos y seguidores han repetido hasta la necesaria saciedad. El marco científico adecuado de la arqueología quedaba situado, en consecuencia, en un ámbito idéntico al de la reconstrucción de los procesos culturales característico de la antropología, si bien el supuesto carácter histórico del discurso arqueológico introduciría un evidente factor de discordancia. La polémica sobre ese asunto es ya larga. Enfrenta, en el fondo, ciertas concepciones atemporales de la arqueología antropológica con los planteamientos, quizá más dinámicos, pero también mucho más resbaladizos, de quienes suponen que el arqueólogo no sólo debe estar atento al análisis procesual de la cultura sino también a la comprensión histórica de esos procesos.

La obsesión por el cientificismo ha conducido a determinados arqueólogos adictos a la nueva escuela a no pocos excesos funcionales y estructurales. La *New Archaeology* se empeñó en demostrar

que el análisis de los procesos culturales debía plantearse a través de estrictas leyes reguladoras, de reglas: cada sistema cultural responde a un patrón determinado. Esta «tendencia a la generalización», por contraposición a las reconstrucciones singulares ideográficas, ha llevado en los últimos tiempos a otros arqueólogos a criticar y hasta ridiculizar («los arqueólogos de la ley y el orden») a los seguidores de los nuevos métodos de trabajo, a quienes se acusa, entre otras cosas, de permanecer con frecuencia absortos en la formulación teórica de leyes y poco o nada interesados en su aplicación efectiva a programas concretos de investigación (con frecuencia aludiendo a una supuesta incapacidad técnica para hacerlo). La nueva arqueología resultaba útil para terminar con el culto a tipologías y periodizaciones, pero sus modelos generales para la explicación cultural tampoco parecían descubrir el sistema convincente capaz de expresar con particularidad los distintos estadios de desarrollo de las comunidades humanas del pasado.

Discusiones de ese estilo contribuyen a dar la impresión de que tal vez la crisis abierta hace más de veinte años no ha encontrado aún su correspondiente desenlace. Los planteamientos de la nueva arqueología han influido, sin duda y de forma muy intensa, en la renovación metodológica y conceptual que la investigación ha experimentado a lo largo de todo ese tiempo. La pretensión de construir una disciplina científica, sistemática y sujeta a modelos generales afecta, quiérase o no, a gran parte de los actuales arqueólogos. Son ya contados los que permanecen varados en posiciones exclusivamente tradicionalistas y todavía menos, seguramente, los que piensan que toda esa reforma no es sino un deliberado movimiento hostil contra sus concepciones heredadas. Otra cosa sería analizar al por menor hasta qué punto la línea de innovación que las nuevas proposiciones iniciaran en su día ha sido asimilada y aprovechada, en particular en ciertos ámbitos académicos con formas y estilos poco propensos a la reflexión

científica desde la lógica, siquiera sea la más elemental. A veces sorprende ver –cierto que cada vez menos a causa de su innata tendencia a la repetición– cómo el pretendido científicismo renovador no es otra cosa que un recurso mecánico a la maquinaria operacional acompañado de un evidente desprecio (¿o quizá también en esta ocasión incompetencia?) por afrontar las cuestiones de fondo que deben tratarse en cualquier indagación de este estilo, ya sea de carácter histórico o antropológico.

Este número de *Revista de Occidente* persigue mostrar a sus lectores algunas reacciones actuales a propósito de cuanto antecede, así como sobre otros varios asuntos que son, directa o indirectamente, efecto y consecuencia de un proceso profundo de transformación, en la teoría y en la praxis, de una manera de afrontar el estudio de la historia humana. El énfasis que se pone en este caso en investigadores españoles, o vinculados por su trabajo con España, no precisa de mucha explicación: está claro que la intención de los textos que siguen es, sobre todo, servir de diagnóstico parcial de la situación en un determinado país. La inclusión de la entrevista con Colín Renfrew proporciona, no obstante, el contraste anglosajón. Comparar lo que ahora se propone con textos clásicos, como por ejemplo aquel de Schulten sobre Tartessos que viera la luz en el primer número de *Revista de Occidente*, allá por el verano de 1923, permite diferenciar las nuevas propuestas del resultado de la aplicación de aquellas otras de hace más de sesenta años, con su inspiración tan positivista como intuitiva y romántica.

M. F.-M.